

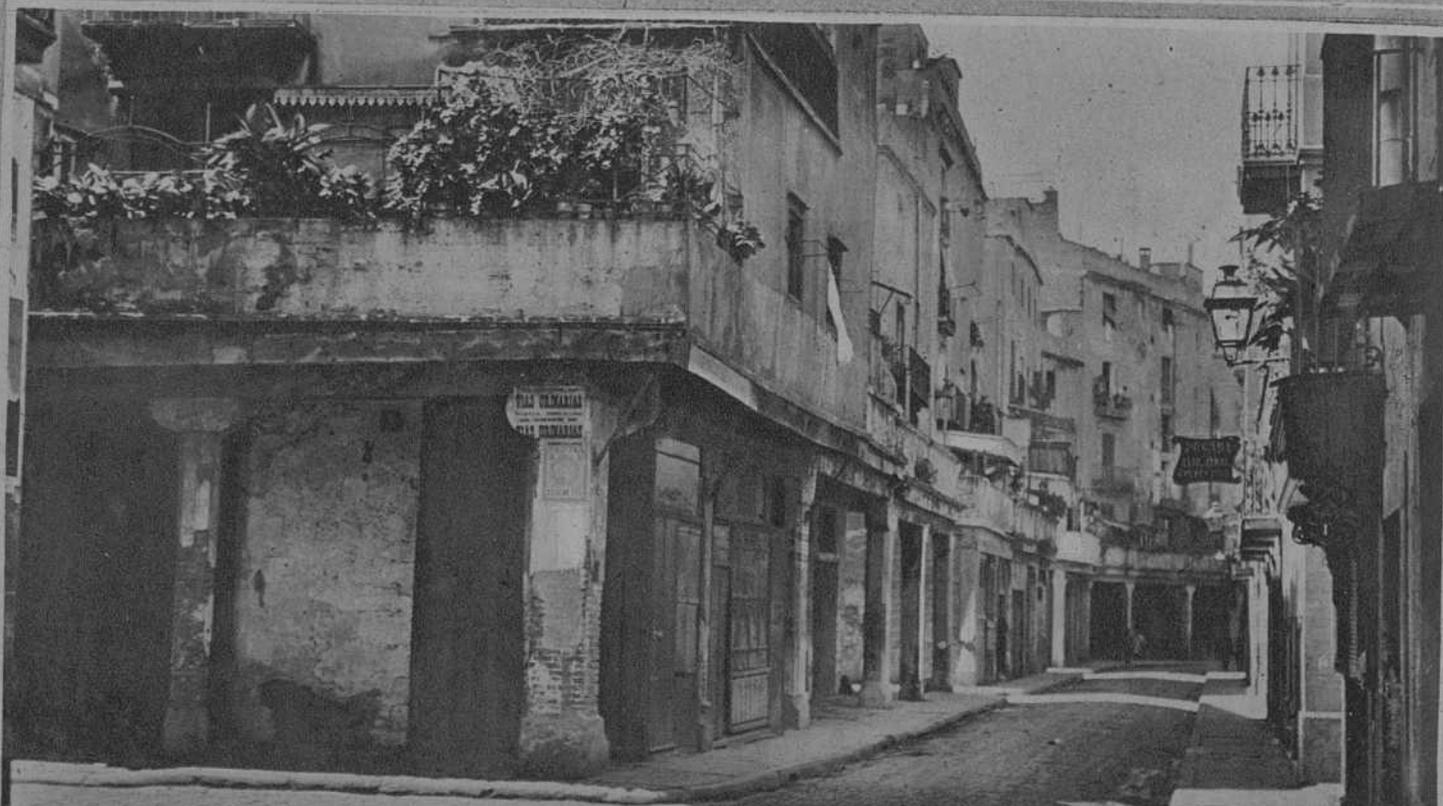
N.º 16. Páginas Extraordinarias de *El Día Gráfico*, 11 de Julio, 1926.



**LOS GRANDES CUADROS DE LOS
MUSEOS ESPAÑOLES.**

*El famoso cuadro de Velázquez, "Las Meninas".
(Museo del Prado, Madrid).*

(Fot. N. Portugal, Archivo, J. Laurent y C.ª, Madrid)



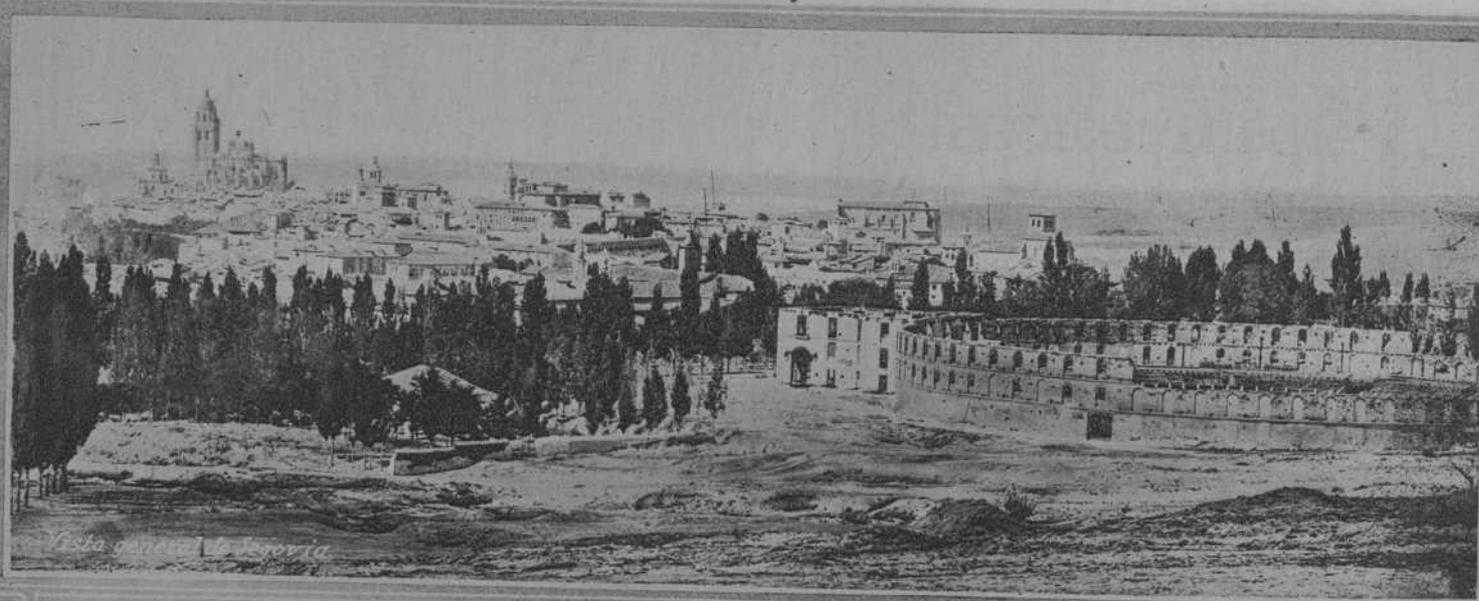
La Barcelona del siglo XIX.

He aquí la calle del Rec, he aquí las calles donde nació, vivió, vendió y murió el señor Esteve. A la sombra de Santa Maria del Mar, el barrio de Ribera, guarda arcaica y patriarcal, su viejo encanto.

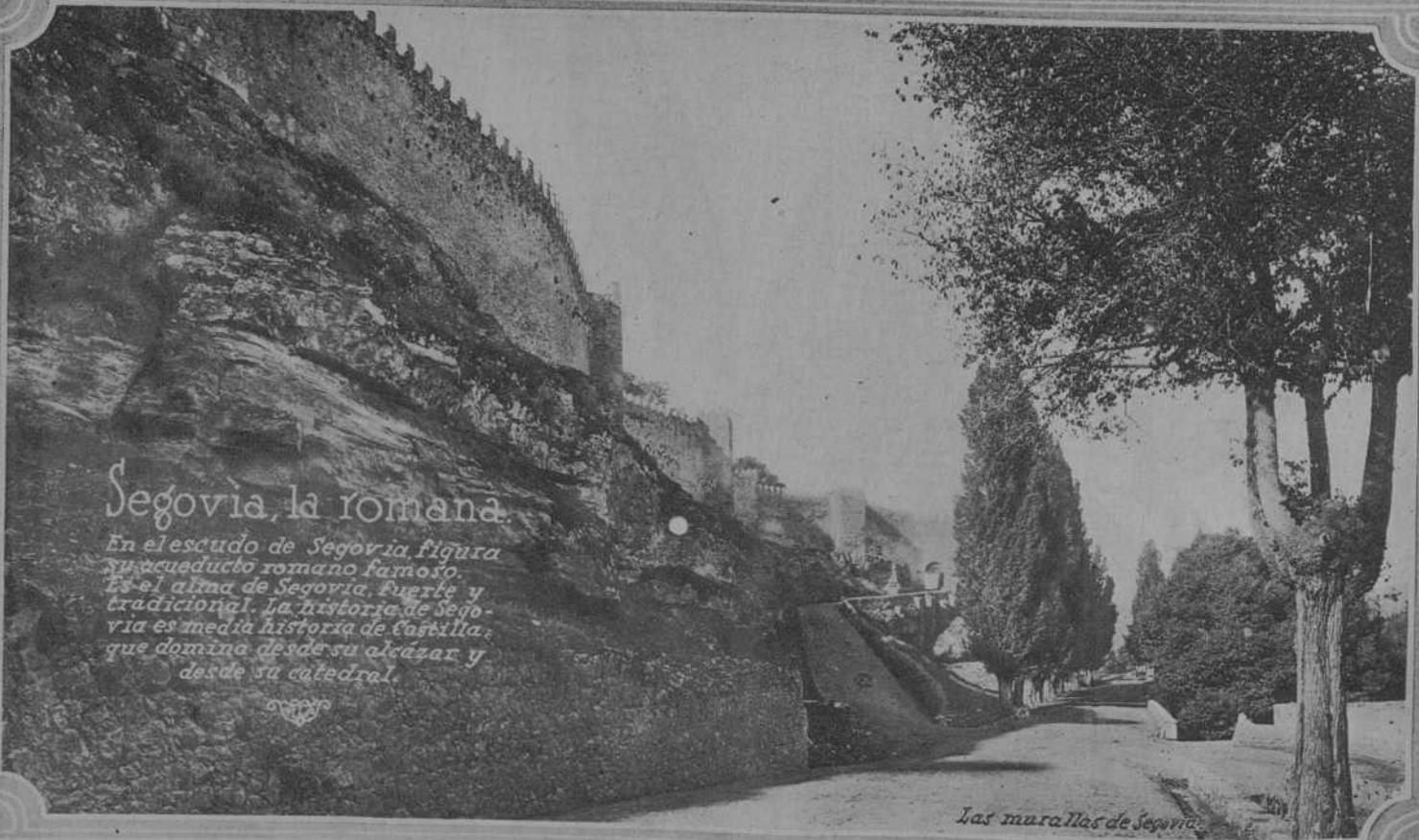


La España regional
Tipos segovianos.





Vista general de Segovia.

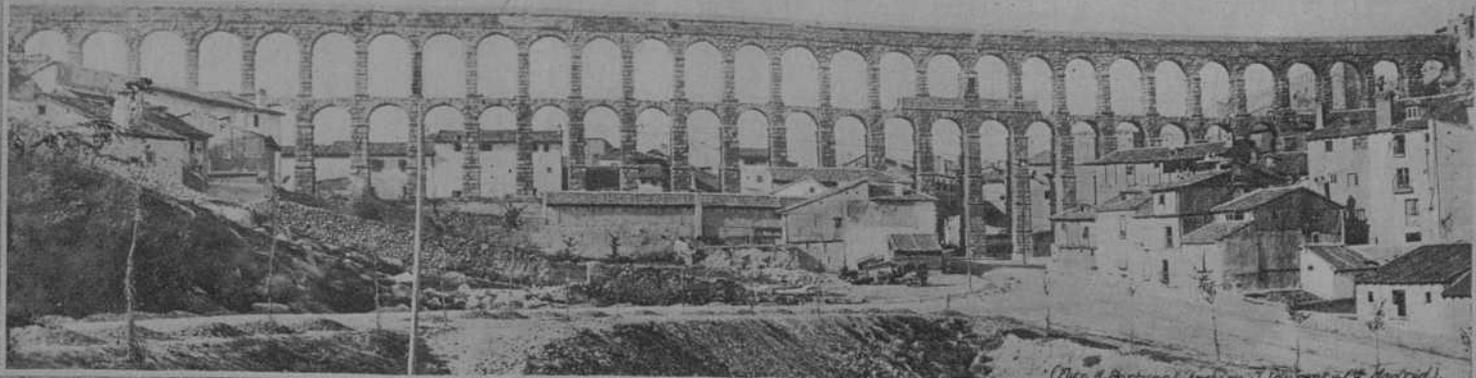


Segovia, la romana.

En el escudo de Segovia figura su acueducto romano famoso. Es el alma de Segovia, fuerte y tradicional. La historia de Segovia es media historia de Castilla, que domina desde su alcázar y desde su catedral.

Las murallas de Segovia.

El acueducto romano.



(Foto H. Portugal, Arco y v. J. Leirós y C. Madrid.)

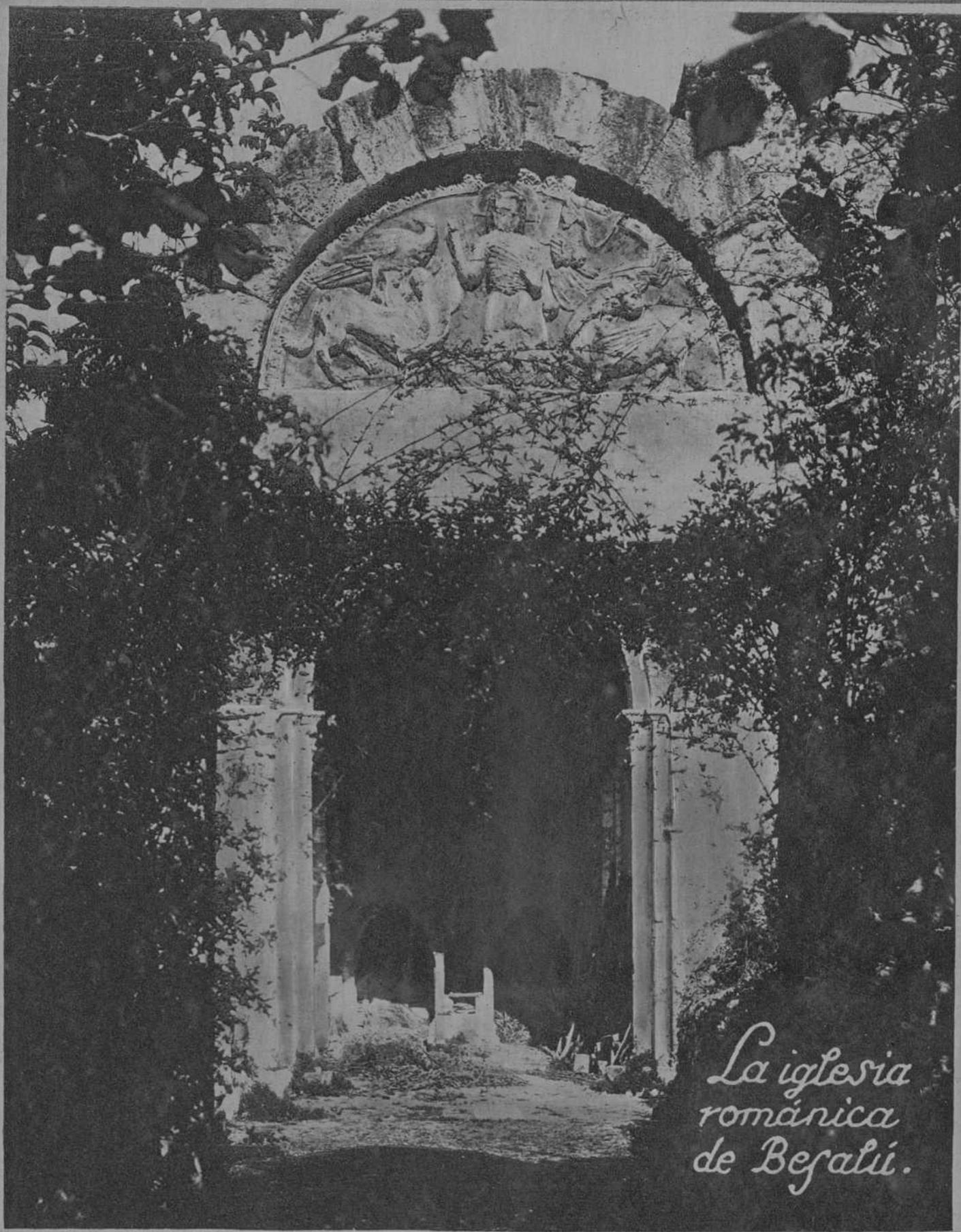
Segovia

La Catedral, vista desde la plaza.



*Vista de la fábrica
de monedas y del
Párral.*

Edif. H. Pottinger, Archivo. J. Laurent, y. Madrid.



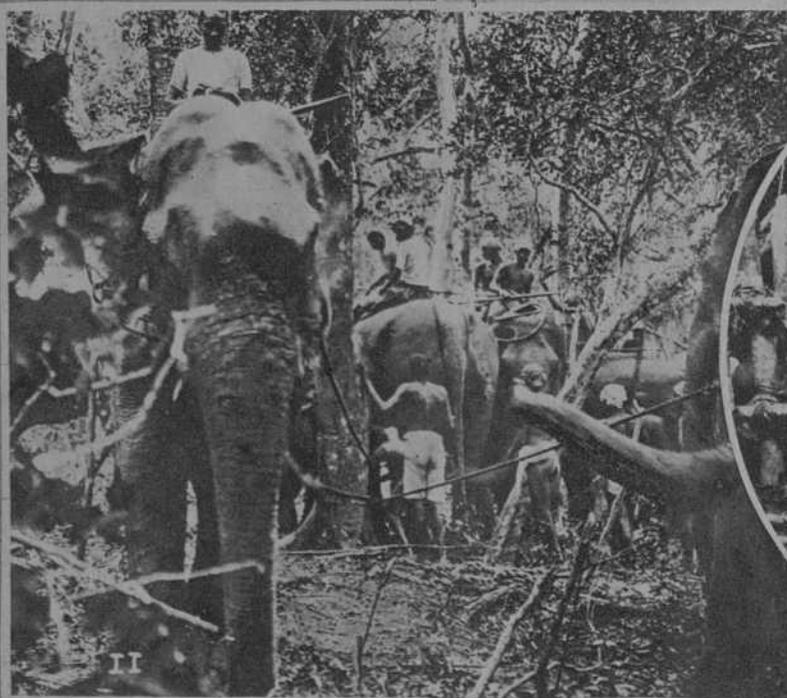
*La iglesia
románica
de Besalú.*

Fue el condado de Besalú uno de los más ricos de los condados primitivos y fronterizos. De la iglesia de Besalú, del siglo XI, no resta más que esta puerta, con los símbolos de los evangelistas.



La caza del elefante.

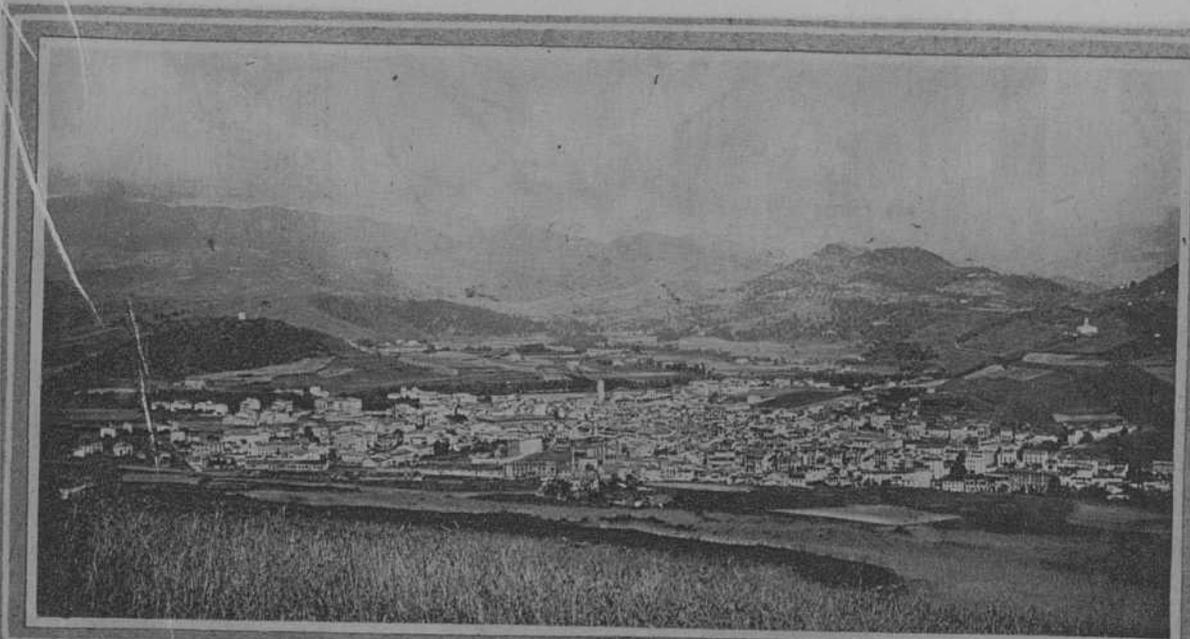
In Ceilan, en la India, y en Africa, la caza de los elefantes se efectua con idénticos procedimientos. Un ojeo, una persecución, un acorralamiento, y los elefantes "salvajes" siguen atados, a los elefantes ya domados.



I.- Las mujeres, armadas, esperan en los límites del bosque, la posible aparición de los elefantes en fuga.
II.- Los elefantes cazados, sujetados por la boca, a los árboles.
III.- Un elefante joven, conducido por otro ya domado.
IV.- Los elefantes capturados.



(Fots. Vidal).

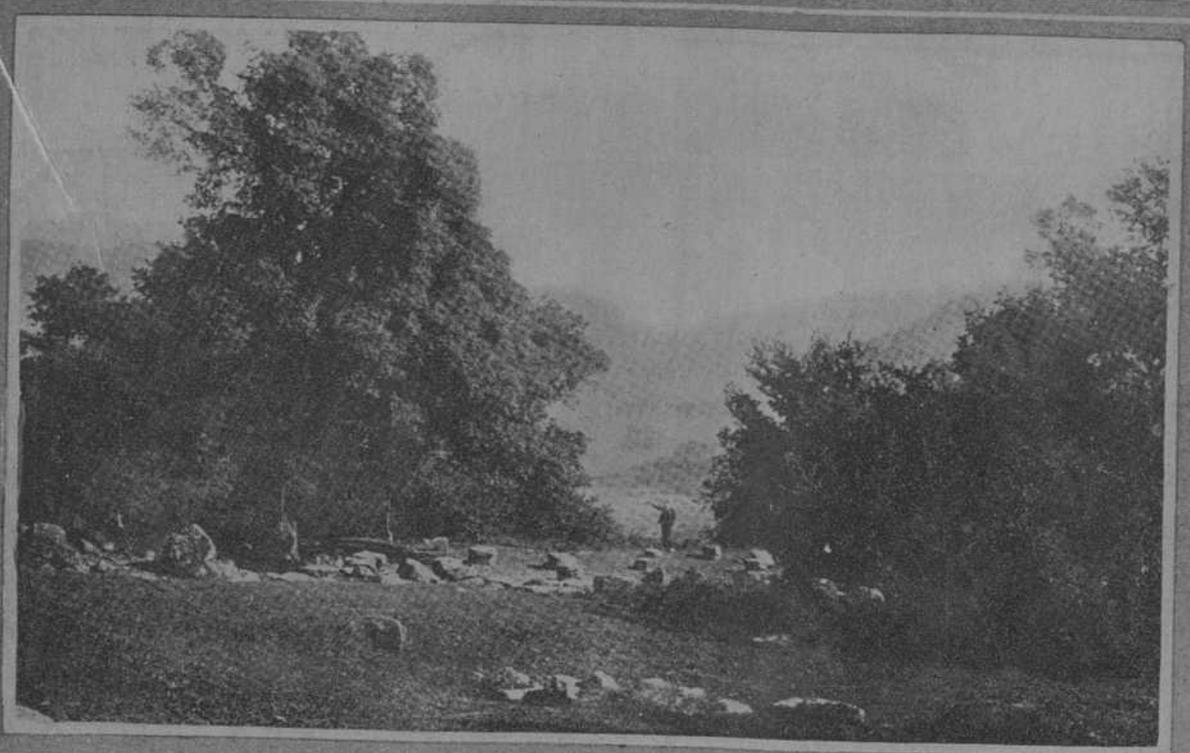


OLOT

Tiene, con sus colinas, sus fuentes y sus rios, un encanto virgiliano.



En él, las fábricas, adquieren prestigio de estampa romántica.



...y sus paisajes, parecen exactos cuadros de Corot.

Un drama de amor

DUELO DE MADRES

por RIBERA-ROVIRA

Voy a contaros un drama de amor, pasado durante los primeros años de la realeza magnífica y trágica de aquel soberano llamado «el del Punyaleto» que con el nombre de Pedro IV de Aragón, llenó el siglo XV de gloria y de asombro. En él andan revueltas tres de las más noble familias de Cataluña: los condes de Peralada, los marqueses de Rocaberti y los condes de Tamarit. En alguna vieja crónica o en algún rincón de archivo encontraríamos todavía alguna lejana referencia a los hechos que vamos a relataros.

Allá por los años de 1324 vivían en Barcelona dos grandes hidalgos, de la más pura costilla de oro, el conde de Peralada y el marqués de Rocaberti, cuyas mujeres, la condesa y la marquesa, eran hermanas. Tenían los condes un hijo, Hugo, apuesto joven de veintidos años, que cantaba bien al son de la guitarra tonadillas moras y domaba caballos como un maestro de equitación. Cuando no andaba por las caballerizas o por el picadero, era seguro encontrarle en casa de sus tíos, los marqueses de Rocaberti; y con tan continuada asistencia, que todo el mundo juraba y perjuraba haber en ello la causa oculta de unos amores con su prima Francisca, una morena de ojos agarenos y pestañudos, viva y orgullosa como su padre, digna nieta de aquel famoso capitán Ramón de Rocaberti, que acompañó al Conquistador en su memorable expedición a Mallorca.

No dicen las crónicas lo que entre ambos jóvenes había; lo cierto es que uno y otra correteaban por los jardines y por los desvanes del palacio con más desenvoltura y libertad que la que el gran Fray Tomás, maestro de humanidades y solfeo creía deber permitirse a dos primos-hermanos. Y ya nadie en la casa guardaba secreto sobre la posibilidad de una proyectada alianza que vendría a unir en un solo escudo los blasones de las dos gloriosas familias.

Una noche, sin embargo, creyendo oportuno el marqués recordar a Hugo la conveniencia de que éste le explicara sus propósitos para ir preparando la canastilla de su hija, el mozo conde, declaróle, airadamente, que no estaba dispuesto a casarse con Francisca. El marqués de Rocaberti, tuvo todavía fuerza bastante para lanzarse sobre el sobrino y con los ojos inyectados en sangre, agarrándolo fuertemente por los hombros humillarlo sobre el antepecho de la ventana dispuesto a lanzarlo al patio del palacio. Pero al griterío del mancebo acudieron los criados y los frailes despavoridos, que se aferraron a su señor, trémulo de ira. Acudió la marquesa, con la dignidad de su nariz borbónica y sus donaires de seda negra, y de ahí a poco, el joven Hugo salía maltratado del solar y la pobre Francisca se arrojaba llorando amargamente en

brazos de su madre. El marqués llamó a dos de sus más fieles criados y les ordenó montar a caballo inmediatamente y matar al sobrino donde quiera que lo hallaran. Pero el hidalgo tan experto en tratos de caballeriza como desprimoroso en negocios de amos, tuvo buen cuidado de poner los pies en polvorosa, poniéndose a salvo aquella misma noche con una escolta de criados y escuderos bien armados, no parando en su fuga hasta encerrarse en un castillejo que poseían sus padres cerca de la imperial ciudad de Ampurias.

Empezó entonces la lucha entre las dos familias. Mientras el marqués de Rocaberti compraba a mercenarios para, a peso de oro, asesinar a su pariente, la marquesa, con el corazón destrozado por el dolor y las lágrimas de su hija, aparejaba su litera y salía en dirección a la Corte, a la sazón en Valencia, decidida a pedir justicia al Rey. Tres días después de su llegada, obtenida para su causa la respetuosa simpatía de don Diego de Tarazona, justicia mayor del Reino y de la gran privanza del monarca, la marquesa se arrojaba, vestida de luto, a los pies de Don Pedro IV y suplicábale que hiciera prender a Hugo o le obligase a cumplir su deuda de honor. La alocuencia dolorosa de la pobre madre, conmovió al rígido monarca.

Días después, el seductor era preso por orden del Rey, y habiendo renovado ante el escribano real que no estaba dispuesto a casarse con su prima, fué conducido a la cárcel de Valencia. Pero las dos madres—por algo eran hermanas—eran dignas una de la otra. Si la marquesa de Rocaberti defendió con la dignidad de las lágrimas la felicidad de su hija, la condesa de Peralada se levantó como una loba cuando supo que su hijo, alma de su alma, estaba preso. Trabóse, entonces, en los peldaños del trono, un duelo entre las dos madres. La condesa, protegida por el Cardenal primado Don Tomás de Lucena, presentó una petición al Rey alegando que si su hijo fuera compelido a casarse por la violencia o por el miedo, el casamiento en esas circunstancias sería canónicamente nulo e implorando la libertad inmediata de Hugo «limpio de toda mancha respecto a su prima».

La marquesa paró enseguida el golpe de su hermana, presentando a Don Pedro IV otra petición minutada por el propio justicia mayor en la que se requería con fundamentos legales que, estando la causa en tramitación por los tribunales ordinarios, no se diera libertad al reo hasta pronunciarse la sentencia. Entre esas dos mujeres que se arrojaban a sus pies, llorando el mismo dolor de madres y defendiendo la una el honor de su hija y la otra la libertad de su hijo el Rey titubeó. El Cardenal tomaba el partido de los Peraladas; su Justicia mayor, el de los Rocaberti.

Las influencias equilibrábanse. Don Pedro IV más preocupado con las luchas de Italia que con los dramas domésticos de la nobleza, contentó a la marquesa manteniendo encarcelado a Hugo y pretendió convencer a la condesa alegando que mantenía a su hijo en prisión para salvarlo precisamente de alguna celada que le preparara el marqués de Rocaberti de acuerdo con sus sicarios.

Pero la condesa no se dió por satisfecha. Recibida de nuevo en audiencia por Don Pedro IV declaróle que si el Rey no encontraba otro medio para asegurarle la vida de su hijo sino que el de tenerle en la cárcel como a un malhechor, ella todavía tenía a sus órdenes criados y escuderos para defenderlo y picas y adargas para armarlos. El Cardenal primado, de todos modos, aconsejóla que moderase las naturales exaltaciones de su corazón maternal. «Les oreilles des rois sont a leurs talons; ils n'écouteront que ceux qui sont humiliés». Era necesario buscar por medios indirectos y astutos lo que sus lágrimas no habían podido conseguir del monarca.

Entre las damas de la reina había una que ella quería y estimaba sobre manera; mucho más que a sus lebreles y a sus galgos. Esa dama era Doña Luisa de Fortuny, marquesa viuda de Tamarit con cuya hija mayor, la rubia y grave Mariana,—en la que no se había perpetuado la fealdad tradicional de los Fortuny—el joven Hugo había tenido a los diez y ocho años una intriga de amor. La condesa de Peralada, siguiendo los consejos del Cardenal, procuró interesar en su demanda a la vieja marquesa de Tamarit, negociando la boda de su hijo con la encantadora Marianita—tan galante y bella que en Palacio la llamaban «presumida y coqueta». Desde luego la vieja marquesa camarera de la reina pidió a ésta la libertad de Hugo; la reina transmitió el pedido al Rey; el Justicia trató de intervenir, callándose ante un gesto brusco del monarca que lo miró de soslayo frunciendo las cejas, y la misma escolta que fué a prender en su castillo al mozo conde de Peralada, lo llevó de la cárcel a la capilla real, donde «invito parrocho», inmediatamente se casó con su primera novia, la hija de los marqueses de Tamarite.

En aquel duelo de madres, fué vencida la marquesa de Rocaberti. Poco después de haber llegado a Barcelona la noticia del casamiento, la pobre Francisca, sin una palabra de queja, llena de dignidad en su dolor de abandonada, tomó el hábito de novicia en San Pedro de las Puellas y murió abadesa, a los sesenta años, sin haber dejado de rezar un sólo día, fielmente, por el hombre que había sido toda la felicidad y toda la desgracia de su vida.

De nuestra pasada juventud

LOS ABSURDOS ESTUDIAN- TILES EN LAS VACACIONES

por RAFAEL MORAGAS

Las vacaciones del curso de 1898, fueron para nosotros muy pródigas en acontecimientos pintorescos. Apenas examinados y después de haber sacado las asignaturas a punta de capote puesto que de ellas sabíamos lo esencial para que nos suspendieran nos dedicamos de pleno a las diversiones. Lo primero que hicimos con Alejandro Soler Ravirosa y con el inmenso Antonio Roses fué retratarnos en una fotografía instalada en la Ronda de San Antonio, en una actitud arrebatadoramente científica. Uno de nosotros en pie junto a una mesa, señalando con el índice un punto de una esfera armilar y los otros dos contemplándola muy atentos. Nuestros dedos sostenían unos habanos de madera que el fotógrafo nos había facilitado. Ya, una vez fichados, como nosotros decíamos, inauguramos oficialmente la temporada de absurdos.

..

El primero de aquel veraneó fué el que se le ocurrió a Antonio Roses. Una mañana leyó, en la sección de anuncios de un rotativo barcelonés, lo siguiente:

«No se haga usted camisas sin hablar antes con Dominguez. Calle del Hospital, número tantos, acreditada Camisería El Barómetro».

Roses que poseía un buen humor rayano en el delirio, leyó y relejó con atención el previsor anuncio. Un mediodía, en el que el calor descendía a toneladas, nuestro gran amigo se dirigió muy serio y peripuesto a la Gran Camisería «El Barómetro», de la calle del Hospital.

Penetró en el establecimiento y con toda ceremonia preguntó por el señor Dominguez, dueño de aque Barómetro, y por ende de aquel comercio.

—El señor Dominguez no está—le respondieron.

Roses marcó un gran gesto de contrariedad.

—¿Es para algún asunto particular?—le dijeron.

—Particularísimo—contestó.

—¿Lleva prisa?

—Más que un sello de urgencia—respondió Antonio.

El dependiente que había recibido a Roses, consultó con el encargado de la tienda. Este se puso al habla con el visitante y le hizo observar que el señor Dominguez, el dueño, se hallaba en el otro establecimiento que poseía en el Borne.

—Si quiere usted le llamaremos por teléfono—propusieron a Roses.

—Sí, sí, eso será lo mejor y más práctico. Ni el señor Dominguez ni yo, háganse ustedes el cargo, podemos aplazar esta consulta.

Se llamó por teléfono a la tienda del Borne. El señor Dominguez contestó que dentro de una hora se hallaría en la tienda de la calle del Hospital. Roses, siempre muy serio, contestó que esperaba.

..

Muy sentado junto a la puerta, en la que había un maniquí que representaba a un niño con una gorra de marinero, en cuya cinta se leía «Hernán Cortés, natural de Extremadura», Roses estuvo esperando al señor Dominguez, y fumándose, muy tranquilo, todos los cigarrillos que le iban ofreciendo los dependientes.

Entabló conversación con la dependencia y la llevó por los cauces de los comentarios de las campañas de Cuba y Filipinas las estocadas del «Guerra» la procesión de la Barceloneta y las escultureces de «La Bella Geraldine», que era el alfa y «la Mecca»,—que decía un senador, amigo nuestro—de aquella época.

A eso de la una y cuarto de la tarde jadeante y sudoroso, hizo su aparición en la Gran Camisería «El Barómetro» su acreditado dueño, el señor Dominguez. El que hacía las veces de encargado le mostró a nuestro compañero Roses.

Se saludaron y tomaron asiento. Roses con una seriedad digna de magistrado, co-

menzó una larga peroración en la que daba a entender que había llegado el momento en que debía hacerse camisas.

—Pero ¿es que esos abedules de mis dependientes no le han servido a usted como debían? Es para desesperarse... Cualquiera diría que me sirven gratis... El mejor día me hartaré y les pondré a todos de patitas en el arroyo...

Así iba diciendo el señor Dominguez, cuando el gran Roses le atajó.

—No, no es eso, señor Dominguez. Yo, si bien es verdad, que necesito hacerme camisas—debo reponer mi ropero—no es, enténdalo, que deban confeccionármelas en esta casa o si más longitudinalmente quiere en la «Gran Camisería El Barómetro», acreditado establecimiento, que si bien no es un Louvre, por lo menos, es un Versalles o como quien dice, pues no es cosa de ofender establecimientos, un «Petit Pelayo».

Todo eso, dicho con aquella seriedad, era más que suficiente para que a Roses le pusieran en plena disposición para que ingresara en una clínica.

El dueño de la tienda no acertaba a explicarse que es lo que deseaba su interlocutor.

—Ya verá, ya verá—iba diciendo Roses—Mis camisas me las hace Zenón Castelló, pero yo, la verdad, antes de presentarme a verle he querido consultar a usted.

—¿Para qué?—dijo el dueño de «El Barómetro», creyendo que se trataba de un loco.

—Usted sabrá—afirmó Roses.

—¿Yo?.

—Sí, sí, usted y si no tenga la bondad de explicarme cuál es la intención de este anuncio, que acabo de leer.

Y de uno de los bolsillos sacó un periódico. Lo desdobló y leyó con voz firme y entera:

—«No se haga usted camisas sin hablar, antes con Dominguez Calle del Hospital, número tantos...»

Le faltó el canto de un duro para que el señor Dominguez no lynchara a nuestro compañero universitario.

~~~~~

# LA SEÑORITA FOSCARINA

(NOVELA)

por MANUEL ABRIL

I

La señorita Foscarina tenía foscó el pelo y foscas las ideas. Por eso su maestro le llamaba Foscarina, no por la menor alusión a la heroína de D' Anunzio. Al contrario: las heroínas de D' Anunzio eran todas para él más o menos de museo, y esta chiquilla, con su pelo corto, que sacudía como un perillito de aguas al salir del baño, y con su desparpajo simpático y valiente, parecía una de esas criaturas entre colegialas y mujeres que han idealizado en la época moderna los films americanos: tipo a propósito para jugar al «tennis», montar a caballo, atreverse a toda travesura y colgarse como una chiquilla apasionada del cuello del hombre querido para recibir el primer beso.

Cuando se ponía furiosilla, tenía una manera vivaz de sacudirse la melena como para espantar, o las moscas, o las ideas, y se le alborotaba todo el pelo. El maestro se echó a reír la primera vez que vio en ella aquel gesto.

—Pero, ¿de qué se ríe usted?

El maestro lo explicó.

—Que tengo muy mal genio, vamos, dígame de una vez.

—Malo precisamente no; alborotado, simplemente; como el pelo.

—¿Me hace mal?

—¿El genio?

—El pelo.

—No; al contrario; gracioso, muy bonito.

—¿Y el genio,

—También está gracioso; pero no tan bonito como el pelo.

Ella se le quedó mirando para decirle algún descaro de los que acostumbraba; pero se contuvo. El maestro hizo como que no se daba cuenta. Y quedó así...

Se sentía ella frente aquel hombre un poco cohibida; lo poco que era posible en aquel carácter suyo tan suelto, vivaracho y natural.

—¿Qué curioso—se limitó a decir; y al poco:

—Que ocurrencia ha tenido mi padre... Lo que menos podía figurarme era esto.

—¿Qué es esto?

—Que usted pudiera ser, andando el tiempo lo que es usted... ¿cómo llamarle a esto?, el preceptor, el instructor... lo que sea.

—El compañero,—dijo el hombre.

II

Eso había sido, en efecto, lo que había querido para su hija, el padre de la señorita Foscarina.

Al padre de la señorita Foscarina le gustaba—según lema de su invención y de su gusto—«abrir siempre las ventanas» para respirar con libertad y francamente. Para abrir las y porque era su deporte favorito, procuraba a todas horas ganar dinero en los negocios. Así, cuando llegó el momento en que su hija necesitó una educación de persona y no de niña, tuvo un arranque estilo

suyo y buscó para preceptor de su hija un hombre opuesto a él: un hombre quieto y sosegado, capaz de renunciar a todas las ambiciones del mundo con tal de poderse administrar la única pretensión irreductible de su vida; pasear por donde bien le pareciera, sin que le faltara nunca un libro en el bolsillo. El maestro, había querido siempre recorrer la vida así, libre de precipitaciones, un poco al azar; con las manos a la espalda y un libro a mano por si acaso... El padre de la señorita Foscarina, había llamado entonces a su amigo y le había dicho:

—Ya sabes mi modo de pensar: temo, en todo, los aires colados, con más razón cuando se trata de mi hija. Yo, con mis negocios, no tengo tiempo de ocuparme de ella y además, no sabría. Colegios para esa edad ni los hay ni los quiero; señoras de compañía, mucho menos, no quiero acompañantes, quiero compañeros. Tú, puedes serlo como nadie; la conoces desde niña, tienes formalidad y puedes enseñarle lo que yo quiero que la enseñen: nada y todo; lo que salga; enseñarla a discurrir y no a ser sabihonda; que sienta interés por todo lo que pueda merecerlo y no curiosidad por lo que nunca lo merece. En fin, ya me conoces, y te conozco yo también. No te propongas nada fijo y acertarás... Salir, entrar, ir donde os parezca y charlar—eso es lo que tenéis que hacer—Solo puede haber en eso un peligro: que os enamoréis; aunque es mucha la diferencia de edad entre vosotros, no tanta sin embargo, para que estéis libre de ese riesgo; pero eso para mí... no sería riesgo, si tú no lo crees probable o no lo temes y te conviene la ocupación, para mí sería una alegría y una tranquilidad.

Al amigo le convino la ocupación: era un hombre demasiado solitario y necesitaba encontrar manera grata para salir de cuando en cuando de sí mismo. Por eso la señorita Foscarina y su maestro se iban todas las tardes de paseo.

III

—Bueno, vamos a ver—dijo la señorita Foscarina, con su retintín burlesco el primer día—¿y en qué va a consistir la enseñanza.

—En esto: en pasear, en mirar a los árboles y... en decir lo primero que se nos ocurra.

—A mí, no se me ocurre nada.

—Ya se te ocurrirá.

—¿No voy a tener que estudiar libros?

—«Tener» que estudiarlos, no. Si de pronto queremos saber algo y lo podemos encontrar en algún libro iremos a buscarlo.

¿Usted, es aficionado a leer libros?

—Yo, sí.

—A mí, me gusta más mirar a los árboles.

—También me gustan los árboles a mí; todo lo que tenga hojas me gustan...

—¡Bah, que gracia!

—Los árboles me llevan a los libros, y los libros me enseñan a ver los árboles.

—¡Horror! ¿Lee usted libros de botánica?

—También, si llega el caso; pero no para aprender botánica.

—¡Ah, no! ¿Pues, para qué?

—Para aprender poesía—que es lo único que importa en este mundo, siempre que sea de la buena—y que puede aprenderse allí como en casi todas partes... Mira tú, por ejemplo, ya que hablamos de botánica, y ya que te gusta tanto mirar a los árboles: mira ése.

Y le señaló un árbol de hojas verdes; pero jaspeadas de blanco, que había enfrente de ellos.

—¿Sabes que es ese árbol?

—No sé.

—Pues, un injerto. Y ¿sabes quién me lo ha enseñado? No han sido en este caso los libros de botánica, sino sencillamente el guarda. Le pregunté un día: ¿Qué árbol es ese?—me contestó: «Un injerto». Y ya tuve bastante.

—¡Bastante! ¿para qué?

—Para pensar en el poema del injerto... Un árbol que no estaba plantado en el Edén. Un árbol inventado por el hombre... Dios hizo las plantas y por ellas, tronco arriba, va el jugo de la tierra; pero ese árbol va, no sólo eso; va también la inteligencia...

—¿Cómo?...

—Hubo un hombre, que llegó a imaginar un día la manera de que saliese un árbol nuevo con sólo hacer en la corteza una hendidura por donde pasara la sangre de otro árbol... Ya ves... Hay muchas maneras de arañar la corteza de los árboles. Hay quienes cortan la corteza para poner el nombre de su ideal: «Rosita, Pepa o Juana». Este hombre, en cambio, creyó mejor hacer otra cortadura especial por donde su ideal se hiciera vivo, consiguiendo que naciera, gracias a él, un árbol nuevo, y, lo que es mejor aún, una belleza.

—¿Curioso!...—murmuró ella.

¿Qué era curioso? ¿El inventor del injerto? ¿Lo que decía el maestro? ¿O lo que sentía ella por dentro al oír aquellas cosas? Quizá no lo sabía ni ella misma...

IV

Las empresas que se le presentaban al maestro de la señorita Foscarina no eran todas, sin embargo, de orden intelectual. La señorita Foscarina se mordía las uñas, por ejemplo, y el maestro se consideró en la obligación de intervenir.

—¿Usted me promete, señorita?—le dijo un día en tono reverenciosamente irónico.

—¿Qué?—preguntó ella sin caer en la cuenta de lo que se trataba.

—La mano... ¿me permite?—siguió rogando él con la cortesía del que solicita pareja para bailar un rigodón.

—¿Que quiere?—preguntó ella dándole la mano candorosamente.

—Quiero, eso—dijo él cogiéndole la mano y dejándola caer enseguida a lo largo del brazo. Quiero que la mano esté ahí... (en el bolsillo) no ahí (en la boca).

Cuando la chica se dió cuenta de la cosa, todo el genio se le encoragino; pero lo con-

tuvo. Sacudió el pelo con furia, quedó muda poniéndose toda colorada, y ya no habló en toda la tarde... Tres horas estuvo tascando el coraje, y, por supuesto royéndose las uñas con toda la ferocidad de la rabie-  
ta.

—¿Tú crees, realmente, que está bien eso de morderse las uñas?—le preguntó al otro día el maestro.

Y ella para dar la razón sin dar su brazo a torcer contestó como si condescendiera a un capricho del maestro.

—Bueno, no me las morderé...

—¿Me dejas que te lo recuerde si a ti se te olvida?

—Que sí...

En aquella tarde se acordó ella varias veces y retiró la mano cuando ya iba camino de los dientes; pero al otro día, viendo el maestro que ya no se acordaba, al juzgar por lo concienzudamente que insistía en roer y más roer, le retiró el maestro la mano según estaba hablando, como en un ademán distraído y sin parar mientes en ello. Retiró la mano enseguida; pero sin duda dió un respingo interior el geniecillo, porque se alborotó todos los pelos con una de sus típicas sacudidas de melena. Al medio minuto, volvió sin darse cuenta, a llevarse la mano a la boca, el maestro volvió a repetir la operación y retirándosela ella entonces, cargada ya, le soltó un cachete en la mano. El maestro instantáneamente, le devolvió otro igual. Ella, entonces, le plantó en pleno carrillo un soplamocos y soltó una carcajada...

Fue un diálogo fulminante de chasquidos que se sucedieron precisos, acompasados y veloces: tac, tac, tac, y la risotada enseguida... Parecía que estaba en el circo.

Pero ella se asustó de su arranque en el momento mismo de tenerlo, y, llena de vergüenza, se fué aparte a llorar. Tuvo el maestro que cogerla por su cuenta y consolarla dándole capirotacitos cariñosos.

A los dos días, al descubrirse ella misma entregada otra vez con toda aplicación a la tarea roedora y conocer en los ojos del maestro que éste aunque callado, la veía, retiró la mano de pronto y diciendo un «¡ay!» como de quién se ha cogido en plena distracción delincuente, se dió ella misma un cachete en los labios.

—No lo hago de intento maestríto—dijo además ofreciendo ella misma la disculpa, —es que se me olvida.

—Ya lo sé.

—Verá como se me quita—aseguró sincera y cariñosa.

—Estoy seguro.

—¿Está seguro de veras? ¿Soy buenita?

—Claro que sí... Un poquillo fosca, nada más; pero buena lya lo creo!

Y la señorita Foscarina no volvió a morderse las uñas... casi nunca.

V

En realidad el mal genio de la señorita Foscarina, sus arranques de contento y simpatía, lo mismo que los de enfurruñamiento, tenía un solo nombre: juventud. Era femenina y juvenil, dos razones para que la retozara por el cuerpo la vehemencia y las ganas de brincar, enredar y hacer diabluras. Lo mismo se daba en un pie pataditas con el otro cuando se impacientaba, que se quedaba boquiabierta cuando le interesaba las historias que el maestro refería.

Y le interesaban casi siempre, porque ella podría burlarse del maestro, y estarle siempre zahiriendo por su costumbre de colocar historias a propósito de todo; pero en el fondo era ella misma la más interesada en aquel juego, y a todas sus chanzas, en resumen y en el fondo, se reducían a modos indirectos y rodeos disimulados para buscarle al maestro las cosquillas y hacerle que contara más y más. Venía a ser lo mismo que el «¡a que no me coges!» de los chicos: ganas de meter en danza a los demás para que jueguen con ellos.

El maestro iba siendo para ella como una caja de sorpresa y, en cuanto salían a pasear ya estaba ella esperando, a ver por

qué registro se le ocurriría salir al cuentista aquella tarde y qué cosa imprevista sería la que bastase al compañero para sacar, como en un juego de manos las significaciones que a ella le sorprendían tanto y le sonaban como a cuento extraño y nuevo; cuento que fuera de verdad, o, más bien, para ser justos, una manera de aprender algo de cuento en la verdad, en cualquier clase de verdades.

Era como un juego de manos, en efecto, porque el maestro no llevaba jamás ninguna historia preparada, sino que dejaba al azar el encargo de ofrecerle los motivos. Un día, un mangrero regando en medio de la calle, con la destreza sorprendente de su gremio, bastaba para que a él se le ocurriera hacer ver a la muchacha cómo, desde la invención del cohete, no se había descubierto otro espectáculo de tanta elegancia y gentileza como aquella palma de agua, esbelta, inmensa, curvada con gracia insuperable y que hacía nacer, bajo su curva, el arco iris. Otra vez en el tranvía le bastó con las bombillas de la luz, esas bombillas de filamento metálico en forma de W, para hacer ver a la discípula que «tenían dentro un tío vivo», e improvisar, a costa de ello, un ejercicio entre verdadero y humorístico... Le bastaba para cualquier disgresión de este tipo, un caballo de carreras «con gában»; o las palmeras de los jardines abrigadas en invierno «como las botellas de champagne»; o el empedrado de las calles...

Lo del empedrado salió un día porque al pasar por una calle de mal piso, empedrado a la antigua, con cantos puntiagudos, comenzó ella a refunfuñar, según costumbre; más, según costumbre, por hablar que por quejarse.

—Vaya un pisito ¿eh?... También será un poema este pisito...

Y él, entonces, le contestó:

—Pues mira, no te creas... En eso, precisamente, estaba yo pensando ahora mismo; en el poema... He leído ayer un libro que compré en un puesto de viejo, y me estaba acordando ahora con motivo de la calle, de una cosa que dice allí... Dice en el libro que hay en Norte América una población cuyo plano está trazado de manera que las circulaciones de la ciudad siguen las mismas líneas ideales que siguen en el firmamento las constelaciones astronómicas... Unos hombres religiosos que no pudieron mantener entre las gentes civilizadas de Inglaterra—su país—la pureza de conciencia que a ellos les parecía necesaria, decidieron huir a tierras vírgenes muy lejos de los hombres... Emigraron a Norte América y allí fundaron esta población, andan-  
de el tiempo. Como podían hacerla de nuevo, y estos hombres tenían, todos ellos, puesto en el Cielo el pensamiento, les pareció excelente hacer su población con arreglo a los símbolos celestes... Cada ciudadano de ese pueblo podía ir pensando que caminaba por el Cielo cada vez que recorría su ciudad para ir de un lado a otro... Todas sus idas y venidas llevaban el mismo sentido que las estrellas en el cielo... Y ellos, que se conducían en todo teniendo presente siempre el cielo de la Gloria, quisieron también, un cielo para estructura de su vida ciudadana y escogieron el único posible para el caso: el astronómico. Todo lo que sea cielo, aunque sea, como en esta ocasión, el cielo físico, recuerda siempre al otro. Para amar el cielo de Dios, conviene de cuando en cuando, elevar la mirada al otro cielo, al cielo de lo azul y las estrellas... En eso estaba pensando entre otras cosas...

—¿Qué... cosas pensaba usted más todavía?—preguntó ella con la sana intención de hacerle continuar, porque a veces no se atrevía a dejar traslucir su interés, precisamente porque era mucho y temía, la burlona, que se le volvieran las burlas contra ella. Así que, preguntó y esperó, como chica golosa que, habiendo acabado ya la mermelada y queriendo que le den más, no cesa de relamer la cucharilla.

—Sí, pensaba más... Pensaba también que el arquitecto que hizo el plano de esa Ciudad dicen que se llama L' Enfant, «el

niño»; y, hasta eso es curioso, en efecto, porque hace falta ser un poco niño para que se ocurra esa idea tan encantadora por un lado y tan pueril por otro, al mismo tiempo; pues al ir por una calle y revolver una esquina y otra esquina, no podemos ver en conjunto el plano de la Ciudad ni darnos cuenta de lo que pueda parecerse a las líneas del cielo estrellado... Pero de todos modos es bonito; y sobre todo, mientras se piensa en eso ya ves: se ha pasado la calle de mal piso y hemos podido no enterarnos de que se nos clavaban los pedruscos.

En efecto, habían pasado la calleja empedrada con cantos puntiagudos y estaban en el asfalto de una vía nueva, muy ancha y muy lisa. Había llovido mucho aquella tarde y el asfalto no había podido emparar una cantidad de agua enorme, que estaba al lado de la acera, formando una laguna.

—¡Ay, zapatos de mi alma!—dijo ella— ¡Cómo se me van a poner!

—La civilización, hija mía, tiene también sus inconvenientes... El empedrado de las calles antiguas era mejor para la lluvia... Pero, ¡en fin!, cuando seas vieja haremos ya inventado los hombres algún procedimiento para que no te mojes los zapatos cuando llueva ni te duelan los piecitos cuando andes...

VI

Aquellas historias, a veces más hondas, iban ganando el corazón de la muchacha. Precisamente porque a ella le gustaba charlar más que otra cosa, no iban al teatro casi nunca, prefiriendo entrar a tomar el té a la vuelta del paseo en una salita inglesa, recatada, solitaria y apacible. La habitación toda en oscuro, guarnecida de nogal, hacía resaltar más la claridad de los mantelitos blancos en las mesas. Enfrente de la casa, al otro lado de la calle, había un jardín grande, y al atardecer, el resplandor del sol poniente, doraba el salón todo con un oro de ambar o de té, cálido y denso.

Había pocas familias, todas ellas y todo en ellas a tono con el gusto y las costumbres de la salita silenciosa. Las conversaciones eran allí dichas con voz moderada.

—¡Jesús!...—dijo la chica la primera vez que entró en aquel sitio— ¡parece que entramos en la Iglesia!

Tenía cierta prevención contra los modales comedidos y el recogimiento conventual de aquella tiendecita; pero luego se convenció de que podía hablarse muy bien y sin esfuerzo cuando se atemperaba la voz a la paz callada de todos y que, además parecía como si descansara el espíritu, apaciguándose los ánimos al acomodarse con el sosiego y la urbanidad de aquella casa, donde eran modosos y callados, desde los clientes hasta las doncellitas.

La historia de aquel día fué, naturalmente, a propósito del té.

—No se puede tomar el té con el alma soliviantada y aturdida. Es un aroma el suyo demasiado sutil y exquisito, lo mismo que el color de esas láminas japonesas entonadas todas ellas en el color de tabaco. Es una hierba sagrada el té... Sagrada, poética y filosófica... Las gentes sin atención ni paladar han podido decir del té que es una bebida sosa... Todo porque es una bebida de sabores apagados y remotos; porque sabe a madera perfumada con perfume de tiempo y de leyenda; y, para saborear bien sus aromas, hace falta tener el alma a tono.

En el Japón estaban desde antiguo, desde tiempos remotos escritas las leyes para tomar el té; leyes redactadas por sacerdotes y que fueron después revisadas por el mejor filósofo del reino. Era pues, el hecho de tomar té una ceremonia religiosa, un rito nada menos, y tenía su nombre «Chanoyu»... De tal manera era prudente educar el alma para ello que había profesores peritos en el arte de enseñarlo. «Profesores de té» les llamaban en efecto.

Eran éstos, a juzgar por lo que nos cuentan de ello, profesores de un singular deli-

cadeza. «Es importante—decían y aconsejaban estos profesores—que el invitado lleve al ir a tomar el té, las manos limpias; pero más importante todavía, que lleven limpio el corazón». Y, para precisar más este consejo, dicen que añadían y consignaban las virtudes que debían ser necesarias a todo corazón limpio. Eran éstas: «Pureza, tranquilidad, respeto y recogimiento». Era necesario para tomar el té, la más perfecta cortesía, pero no una mera cortesía formularia, sino las inherentes a un estado del alma capaz de recogimiento y de respeto y de pureza; capaz de tranquilidad en las maneras, por ser capaz, también, de calma en el espíritu. Nunca las conversaciones habían de ser frívolas; un sabor tan exquisito como el de esta bebida, siempre espiritual, debía exigir también un ejercicio de la mente lleno de sabor y sutileza. Era el hecho de tomar el té, de saborear el té, un ejercicio de educación del alma toda. Trataban los profesores de té, según dicen, «de suavizar la rudeza del espíritu militar», de «crear virtudes amables». No creo que pueda hallarse procedimiento más noble, más distinguido, ni más puro—ni tampoco más galano—para educar con exquisitez y poesía las virtudes afables del alma. En vez de mandar, de amenazar, de amonestar, ofrecer una taza de porcelana perfecta, y en ella el té, regalo del tacto, la taza; del paladar, el té; del espíritu, ambos.

—¡Del espíritu!... murmuró ella con nostalgia, como pensando en algo amable pero difícil, lejano y abandonado casi siempre.

—El espíritu, sí; el espíritu sobre todo—insistió él—y ¡qué detalles encontramos en este cultivo del espíritu!... Cuando un alfarero de Kicto regaló al Príncipe Hídeyosi una taza perfecta de forma y calidad, el Príncipe le regaló a su vez un sello de oro para que firmase con él todas sus obras. Era un sello donde había labrada una palabra, una sola palabra; y la palabra era esta, «Raku», que en japonés quiere decir esto: «Alegria». ¡Calcula!... Piensa un poco en la aristocracia que supone todo eso... Saborear el té aromático, tener las manos limpias y limpias las maneras—limpia el alma—; llegar por el recogimiento, por el respeto, por la pureza y la tranquilidad, a la alegría. No creo que se pueda ofrecer el té con mejor acompañamiento.

Se calló él y calló ella.

Luego, al cabo de un rato.

—La verdad es que yo...—murmuró la muchacha.

Y como no acabara le preguntó él:

—¿Qué decías?

Y ella respondió:

—No, nada... hablaba sola... digo que yo debo ser una criatura imposible...

—¿Por qué?

—Porque después de tanto hablar del té me sigue gustando atrocemente el café con media tostada.

—¡Por supuesto!... ¡También tiene su poema el café!—dijo el maestro con solemnidad humorística.—Mañana iremos a un café, ¿no te parece?

—¡Oh sí!... Me gusta mucho...

Y cambiando de tono, sería:

—Pero me gusta más oírle, maestrillo... ¡Si viera!... Me gusta que me hagan hacer pensar y que me hagan fijarme en cosas que ni siquiera sospechaba que existiesen... Soy otra... Me parece que he visto un mundo nuevo... De veras, maestrillo... Es un gozo tan grande... tan grande...

Y se quedó pensativa mucho rato, con la barbilla en las palmas de las manos y el brazo en la mesita. Absorta, sin ver, miraba el ventanal. El maestro, entre tanto, la miraba a los ojos. A la luz del sol poniente los tenía color de té.

## VII

Llegó la primavera. Y se derramó por las venas de la señorita Foscarina una perezosa indolencia. A cualquier hora se encontraba ella misma—pues lo decía sin propósito y sin darse cuenta de ello—tirada en el so-

fá o en la meridiana leyendo algunas veces, pensando muchas más, y muchas más absorta; pero sin pensar en cosa alguna...

Cuando llegó el maestro aquella tarde, estaba con el traje de casa todavía.

—Llevo más de una hora diciéndome que tengo que vestirme, pero sin ánimos de hacerlo... Tengo pereza... ¿Quiere que no salgamos?...

—Por supuesto... Dé lo mismo.

—En estos días de calor, se está mejor en casa y en el jardín que por ahí por las calles.

También a él le parecía mejor quedarse allí sentado. Estaban en la sala de billar y por la ventana que daba al jardín, entraba el resplandor verde de los árboles, ya con hojas nuevas, y el perfume «sensualmente ensoñador» de las acacias.

—Verá un poco más tarde como empiezan a oler las madrevelas.

—Deliciosos días éstos...

—¡Oh!... Dé gusto olerlos: antes de que huelva a flores huele ya no se sabe a qué.

—Huele a primavera.

—Pero, ¡qué pereza en estos días!...

—Pereza, ¿nada más? Te encuentro en estos días así como con morriña, un poco melancólica.

—A ratos. Me he pasado toda la mañana cantando y quizá por eso estoy ahora pachucha... Son cosas mías... No haga caso...

Caían las conversaciones a poco de iniciarse. ¿Era el ambiente? La molición de los calores primerizos inducían, en efecto, a la dejadez corporal y al abandono indolente del pensamiento; pero más bien parecía que ninguna conversación prendía del todo, porque el estado interior pedía silencio, o, por lo menos, palabras de otra clase. En vano la muchacha mariposeaba por la habitación, parlotando a veces con su locuacidad pintoresca, y moviéndose, entre tanto, de un lado para otro; sentándose en la mesa de billar, haciendo flexiones del cuerpo sobre las bandas de la mesa, no dejando en paz las bolas mientras hablaba, o encaramándose de un brinco al alfeizar de la ventana... Pronto volvía a dejarse caer en cualquier butaca, o se quedaba parada contemplando el jardín, apoyados, el hombro y la cabeza, en la jamba de la ventana.

Se acercó una de estas veces el maestro a la ventana y se quedaron los dos allí asomados y silenciosos. El agua de una manga con que regaba el jardinero, tamborileaba sobre las hopas de un laurel y llegaron hasta la ventana el siempre delicioso olor a tierra.

También pesaba la primavera en el alma del maestro. Por eso las palabras fueron adquiriendo una entonación más opaca, un tono grave. Después de estar un rato así, callados ambos, dijo la muchacha como consecuencia, sin duda, de todo lo que había estado pensando en aquel trecho de silencio:

—Usted, me ha tenido siempre por una niña, maestrillo.

—No te lo creas, hija mía. ¿Por qué dices eso?

—No se lo podría explicar; pero tengo esa sensación... Se me ha ocurrido pensar lo hace unos días; me parece que usted me habla lo que habla, como pudiera contar cuentos a una chica. En vez de contarme «Pulgarcito», «El Tragaleguas» o «El Gato con botas», me cuenta usted lo primero que se le ocurre a propósito del billar, del jardín o de la ventana.

—Puede que así sea; pero eso no quiere decir nada; la poesía viene a ser como una especie de cuentos para adultos, lo mismo que los cuentos vienen a ser, o son, más bien, la poesía de los niños.

—Pero, en el fondo es triste... Da mucho fastidio que todas esas cosas no sean, de pronto, más que engaños; algo así como el sonajero que se les da a los pequeños para que se entretengan y se callen.

—No, hija mía... La poesía verdadera es la verdad... lo más verdad del mundo... Yo no invento jamás; no quisiera inventar por lo menos, cuando se trata de algo que

hablo así porque lo siento, y todo cuanto te he dicho es real... Si hay en todo ello algo que parece maravilloso, no quiere por eso decir que es mentira, sino que siempre maravilla la verdad, tanto más cuanto más verdadera. Todas las verdades hondas sorprenden, y con razón, porque, estando a la vista, no las vemos, y resulta maravilloso que, de pronto se nos aparezca el mundo, el de todos los días, el más vulgar de todos, como un mundo completamente nuevo y sorprendente. Antecayer, por ejemplo, cuando estábamos aquí, lo mismo que hoy, juntos en esta ventana y uno al lado del otro, se me venían al recuerdo a propósito de las ventanas una de esas historias que te cuento... No te hablé nada, porque estábamos bien así, callados, como estábamos, y porque no te pareciera ya demasiada manía mi costumbre de colgar una relación a cada cosa; pero lo pensé, y lo que pensaba era la realidad misma: ni había en ello nada de fantástico, ni nada para distraer y engañar como se podría distraer a un niño chico... Me acordaba yo de que un filósofo del siglo XIX, alemán por más señas, en su afán de someter todo a la ciencia, había llevado su previsión hasta el extremo de dar en su libro reglas a los constructores de casas, para que hicieran las ventanas de una anchura determinada; la anchura justa para que pudieran caber en la ventana dos personas, la una junto a la otra, cómodamente asomadas a la vez... La ocurrencia es tan sutil y tan discreta, y está hecha pensando de tal modo en la realidad de la vida, que parece mentira que se le haya ocurrido a un filósofo, y por más señas, en uno de esos libros doctrinales que no suelen casi nunca descender a detalles tan aparentemente nimios...

También un arquitecto francés dijo en alguno de sus libros, que las puertas que dan paso al comedor en las casas de lujo deben ser de anchura suficiente para que puedan pasar dos personas con holgura pues se supone que cada caballero, cuando vaya a comer, ha de llevar del brazo a una señora. Y esto es ingenioso y de gran mundo; pero lo de las ventanas lo supera; el filósofo había pensado en algo más; en la intimidad de los habitantes de la casa. Jóvenes y ancianos sienten, efectivamente, en determinados momentos de la vida, la necesidad de apoyarse en las ventanas y mirar juntos al jardín.—Es dulce entonces, abandonarse a las confidencias y esperanzas, en los jóvenes; al recuerdo, en los ancianos... Y esos momentos de abandono serían imposibles si lo impidiera un detalle tan pueril y tan insignificante, al parecer, como el hecho de que la ventana no tuviese la anchura necesaria. Si, por carecer la ventana de cinco o seis centímetros, tuvieran las personas asomadas que estarse preocupando de la incomodidad, de la dificultad de estar ambas tranquilas, sería imposible, por completo, entregarse, con reposo, a los momentos afables de concentración e intimidad... Una ventana así, que permita a dos personas la contemplación abandonada y al mismo tiempo la proximidad íntima, casi de contacto; de confianza, de cariño y de familiaridad; puede ser grato para los enamorados, para los amigos y para los mismos viejos que quieren recordar, acaso algunas otras horas en las que, probablemente, por haber estado juntos y compañeros ambos, viendo desde una ventana el sol, abandonados al momento, pudo nacer en ellos la emoción secreta, entrañable y decisiva, que les llenó, después la existencia.

—Esto es lo que pensaba, y esto que pudiera tener el título de un cuento medio festivo, «Importancia de que las ventanas tengan un metro treinta y cinco centímetros», ¿podrías tú, sin embargo, tomarlo como una simple broma o como un cuento fantástico inventado para engatusar a los niños? De fijo que no, pues ves de sobra que hay en todo eso algo profundo; algo que nos dice hasta qué punto pueden las cosas más nimias y vulgares determinar en condiciones toda el acontecer de una vida.

—Sí que es verdad... Tanto lo es maestrillo de mi alma—y ¡bien que lo puedo decir: «maestrillo de mi alma», porque usted ha educado mi alma, que estaba sin educar, sin ser alma siquiera!—Tanto es verdad que ahora, por estar en la ventana y verle, siento que se me abre el alma a mí también, y quiero decirle un secreto... Era esto en el fondo lo que me pasaba. Cuando tengo algo que decir y no me atrevo a decirlo, estoy con disgusto y achaco el disgusto a la primera que se me ocurre... Pero no eran sus historias lo que a mí me inquietaba; no; jamás he sentido nada tan bueno, como esas charlas suyas; no temo tampoco que me tomé por niña; en el fondo no era eso...

—Pues ¿qué era entonces, hija?

En el momento mismo de decirlo apareció en la mente del maestro una sospecha; todos aquellos rodeos eran preparativos para alguna confidencia, y la confidencia era amorosa... Tenía novio; de seguro... y la sospecha se convirtió instantáneamente en certidumbre.

Sin duda... pues ¡claro!... ¡Cómo no se le había ocurrido antes!

No se atrevió a preguntar porque le acometió un miedo raro.

Y como no hay nada que induzca tanto a la confidencia como no insistir en solicitarla demasiado confesó por sí misma.

—Es que... es que... verá usted... si yo me explico... No se lo he dicho a nadie, porque no puedo hablar con nadie más que con usted de esas cosas... Es que hay un muchacho que está haciéndome el amor... mejor dicho que somos novios.

¿Qué extraña sensación sintió el maestro de pronto? Pareció que se le derretía la sangre en las venas.

No había puesto en duda que aquella criatura se había de casar cualquier día, pero no pensaba en eso. Descansaba quizás en la inconsciente confianza de que «aquello» tardaría mucho... mucho... lo mucho que nos figuramos siempre que ha de tardar lo que no quisiéramos jamás que llegara. Dormido en el bienestar de la amistad de la muchacha, dejaba pasar la vida creyendo que aquel bienestar no habría de acabar nunca. Y sin embargo, iba a perderlo para siempre.

Con las penas del corazón, ocurre muchas veces lo que con la salud: no nos enteramos de nuestro gran tesoro hasta que de pronto nos falta. Día tras día, despertamos sanos, y no nos parece que estamos disfrutando merced de ningún género; pero nos

quitan la salud, y vemos que sin aquello, que apenas era advertido, todo lo demás se hace imposible.

Abajo, por delante de la verja del jardín, pasó una sombra... ella cogió el brazo del maestro, en silencio...

—Mire... ya está ahí... Todos los días pasa por aquí. Vive aquí, muy cerca. Voy a decir una cosa. Enseguida subo, ¿eh?... Un momentito...

Y se marchó, bajando con precipitación las escaleras.

Quedó solo... cerró los ojos... No quiso verla cuchicheando allá en la verja. Oyó, sin embargo, su risa... Fué para él aquella risa como un látigazo... ¡Ingrata!... La había estado acompañando días y días indiferente, al parecer, sin pensar el mismo que pudiera en todo aquello interesarse el corazón; pero interesándose, no obstante... Bajo la aparente frialdad suya había un alma de hombre. Su indiferencia, su aparente serenidad, había podido ser tan completa, y había podido llegar incluso a engañarle a él mismo, porque se había entregado a su nueva misión con todo el desinterés posible, sin que se le pasara por el ánimo ninguna intención egoísta... Había hablado siempre como un verdadero compañero, en el propósito de socavar, disimuladamente, el corazón de la criatura; entregado, por completo al parecer, a los juegos intelectuales... ¡Intelectuales!... ¡Que error!... ¡Que disimulo siempre el de nuestro corazón ante sí mismo!... ¡Aquellas historias suyas que parecían tan ajenas al corazón, había ido él buscándolas, contándolas, con la íntima fruición, sólo porque eran para ella! Su ingenio mismo se las había sugerido en muchas ocasiones, sólo porque eran para ella...

Ella, sin embargo, no le había escuchado de la misma manera, por lo visto... Le había tomado como un libro de estampas o de historietas que se coge en los momentos aburridos, y se deja, tirado en cualquier parte, cuando llega lo que verdaderamente interesa.

Si en aquel momento hubiera estado a su vera la muchacha la hubiera zaherido el maestro, de seguro, con alguna frase mordaz; pero la vida de aquel hombre tenía siempre, para salvarse del dolor que derivar del sufrimiento a la ternura... Cuando se sentía sufrir, se sentía bueno al mismo tiempo, y, ya, de esa manera, dejaba de atormentarle el sufrimiento... Su naturaleza propendía siempre a ver en todo disculpas.—Y en este caso pensó:

—¡Es ella tan niña!... Va a entrar ella en la vida y yo, en cambio, voy a despedirme de la juventud... si es que todavía la tengo.

Ya de vuelta la muchacha, se acodó nuevamente en la ventana al lado de su compañero.

Sí muy al lado; le necesitaba cerca. Al dar el primer paso en la nueva vida necesitaba como nunca de su apoyo y de su consejo.

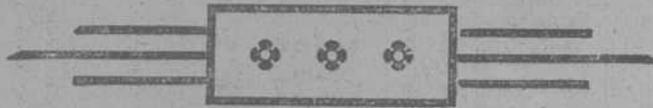
—O soy muy rara, maestrillo de mi vida, o no sé... Me pasa algo muy raro... Siento una gran felicidad y un miedo muy grande... Voy a quererle, sí; siento que voy a quererle, pero me parece al mismo tiempo que le falta... no sé cómo decirlo... que le falta ser como usted; sentir lo que usted siente... No es que pretenda yo que haya de estar como usted, contándome a todas horas historias bonitas; pero me parece que las personas necesitan un sentimiento especial para ver las cosas de la vida, y él no lo tiene; no... Es bueno, sí; es bueno, y me quiere, pero es... como todos; en el fondo como todos, y eso, tal vez yo sea muy exigente, pero me da pena.

¿Era que ella echaba de menos lo que siempre ha de faltar en la vida, por completa que sea la felicidad en este mundo? ¿Era que tal vez aquella criatura estaba hecha para haber recibido el amor de su maestro? La mayor felicidad de su vida, ¿podría acaso haber sido el amor de aquel hombre que ahora, allí a su lado, callaba su dolor?

Hay momentos en que decide una palabra la suerte de dos vidas... Y hay seres que en el momento de decirlo sienten una fuerza invencible que les enmudece, que les hace abrir la mano para dejar la felicidad que se vaya, si quiere, en busca de algo mejor, en vez de disputársela a la vida con fijeza.

Este hombre era así... siempre había sido así. Hubiera bastado acaso, un grito, una súplica, cualquier palabra de dolor o de cariño, para decidir el porvenir... Un arrebatado cualquiera, ¿hubiera quizás arrebatado a la muchacha?... ¡Qué sabemos! El creyó que era tarde... que él no era nadie para ella... que no tenía derecho a ponerse en el camino de aquel otro ser que llegaba, acaso al nuevo amor, con toda la ilusión intacta de su vida joven...

Y abrió la mano... la felicidad voló por el cielo de la tarde, como si fuera una paloma.



## Notas de arte

# Lo temible e indispensable

por J. MORENO VILLA

«Deberíamos romperlo todo ahora», dice una voz. «Deberíamos definirlo todo y no dejar mosca ni pajeles sin la debida atención», dice otra. Es la lucha de cada día y en todos los terrenos del arte. Se le presenta al pintor como al lirico, al escultor como al novelista. Y si el hombre es bastante dócil para aceptar definitivamente la pauta del orden o el camino de la rebeldía, demasiado pobre será si no padece la lucha siquiera unos minutos a la semana.

Es el maleficio de la norma y la obligación. No cesa de pinchar al hombre; no deja de presentarle horizontes variados. Y es el maleficio de la irregularidad: no deja de insistir en los encantos y delicias de la garantía, la seguridad, el orden.

Fluctuante, indeciso anda el espíritu en estos momentos de lucha.

La fluctuación no cesa hasta que el espíritu se da cuenta de que él está por encima de la rebeldía y del orden, es decir, por encima de los modos de expresión.

Y con esto llegamos a un punto de difícil tratamiento. Hay quien no tolera que se hable de espíritu en los días corrientes por temor a que todo el esfuerzo acumulado para el restablecimiento de las normas esenciales del arte se evapore. Los apóstoles de la disciplina temen al espíritu. Como la índole de éste se escapa a la comprensión, el ordenancista lo ve como germen de intranquilidad. «¿Por dónde va a salir?», se pregunta tembloroso. «Si el espíritu no fuese más que bueno y amable... Pero... el espíritu aporta formas irritantes, subversivas, diabólicas. ¿Cómo vamos a admitirlo en la escuela?»

Todos estos problemas nacen, primero porque el tratadista de arte se confunde

con el dómnia. El mismo se inviste de una autoridad falsa. Y embarullando su misión, la cree similar al del gobernante. Para él no hay diferencia entre un anarquista y un producto irónico en el terreno del arte. Por no se sabe qué aberración, está convencido de que una obra animada de espíritu diabólico—valga por fáustico, dionisiaco, etc.—lo destruye todo, lo pasado, lo presente y lo porvenir.

Más que pueriles, son dafinos semejantes miedos. Si el tratadista sostiene —y con razón—que no puede existir obra artística sin norma y conocimientos profesionales, el artista sostiene —y con la misma razón—que tampoco puede existir sin espíritu.

Ahora bien, ¿de qué espíritu habla el verdadero artista? Porque a menudo se oye en los Museos y ante los libros o grabados muchas alabanzas al espíritu sin que el buen artista lo tome por tal.

Se oye hablar del espíritu racial, del espíritu religioso, del civil y del universal.

De una vez, y con palabras sólamente, no es posible esbozar lo que entiende por espíritu el verdadero artista. El es capaz de distinguirlo en una sola línea o contorno parcial de una figura. Entre varios dibujos, por ejemplo, aunque sean dibujos de un brazo o de un dorso, os señala sin titubear, rápidamente, cuál es el al que lo tiene y cuales son los que carecen de él.

Si le preguntamos enseguida por qué tiene espíritu aquel dibujo, no sabe decirlo con claridad. Y si le seguimos acorralando con preguntas, puede que confiese que lo vé, pero que no puede disponer de él a su gusto, ni en la ocasión que quiera.

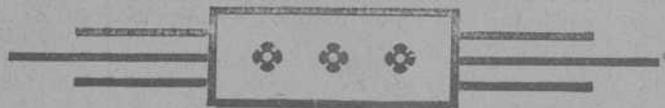
Eso es exacto y es falso. El verdadero artista, el que lo es de fondo, acusa el espíritu en toda obra. Para él no se confunde el espíritu con la inspiración de que hablaban los románticos. Miles de dibujos tiene Pablo—«El Grande»—y jamás falta espíritu en ellos. Porque son ideo-grafías, es decir, porque antes de ser, no fueron ni objetos reales, ni objetos entrevistos en la vaguedad del sueño. «Som» únicamente desde que comienzan a ser.

El artista mediocre, no tiene sistema e concepción propia del arte, y por eso está a merced de la inspiración o del soplo reinante. En él, no preside el espíritu y si éste se muestra algún día en alguna de sus obras, es por azar.

El espíritu se acusa lo mismo en la composición que en el color o en la materia, pero donde más resalte tiene es en el dibujo. Aquí es en donde canta con mayor plenitud, porque los ojos humanos están más hechos a percibir la línea que las otras componentes. Recordamos y reconocemos a nuestros semejantes con más facilidad por los rasgos fisonómicos que por sus colores, volúmenes o proporciones. Las líneas son menos variables o cambiantes. Saberías es estar o contar con lo más firme y sólido. Por esto en el dibujo de un cuerpo, somos capaces de apreciar con mayor justeza lo que tiene de verdad natural y lo que tiene de espíritu o creación del artista.

Precisamente en ese equilibrio, en ese divino ajuste y separación que presenta el dibujo comparado con el natural, es donde radica el secreto, lo inefable y verdaderamente espiritual.

El tema es largo, y ya irá saliendo en sucesivas parrafadas.



## Temas veraniegos

## Vamos a descansar unos días

por JUAN CARRANZA

Como todos los años cuando llega el mes de Julio, hogaño destácase de la barahunda de la ciudad una frase obsesionante que la cruza de parte a parte, y que nuestros oídos recogen en el café, en el restaurant en el tranvía y en plena calle.

—Vamos a descansar unos días—oímos decir a unos y a otros.

Y mientras la frase se oye en toda la ciudad vemos cruzar las calles de ésta por carrretones de mano y autos abarrotados de maletas bamboleantes que engullen las estaciones ferroviarias. Trás los equipajes, las estaciones se tragan a los propietarios de aquéllos en medio de un torbellino de risas y bullicio. La gente va a descansar unos días, y no puede disimular su alegría.

Ya están instalados los que van a descansar en los pueblos costeros escogidos de antemano. El mismo día de su llegada, se ven obligados a ir al casino. No lo indican las ordenanzas municipales, pero como si así fuese.

No ir al casino el mismo día de la llegada podría originar que se los calificase de mal educados. Yendo al casino, el pueblo se dá todo el por saludado, y además del pueblo los que integran la colonia de veraneantes.

Ahora bien, los recién llegados, para ir

al casino, se han visto obligados a extremar el cuidado de su persona. La mujer, el vestido más elegante; el hombre, el traje más flamante, el cuello mejor planchado y los zapatos más nuevos. Hay que epatar con la presentación.

—Esta noche tenemos en el casino baile de sociedad—les dicen.

Y los últimos que han llegado con el propósito de descansar, junto con los que llevan algunos días en el pueblo, al acercarse la hora del baile, cambian el traje por otro que aprisiona mucho más su cuerpo.

El salón del casino durante el baile, que se celebra todas las noches, aparece radiante de iluminación. Diez mil, quince mil bujías envuelven a la concurrencia, inundándola de luz. A las tres de la madrugada, aún dura el baile, que media hora después cierra un «charlestón» con sus dislocantes contorsiones. Durante los descansos se ha organizado para la mañana del día siguiente una excursión a un lugar lejano, donde se levanta una ermita o mana una fuente de nombre pintoresco. Los excursionistas han de reunirse a las siete de la mañana. Salen del casino, terminado el baile, a las cuatro, empero a las tres horas ya vuelven a estar reunidos para emprender la excursión.

Con las tres horas, las mujeres apenas si han tenido tiempo para maquillarse, y los hombres para cambiar de cuello y puños. A pesar de ello, los dos sexos han tenido que desvestirse de los trajes de noche y ponerse otros mañaneros. Iniciada la marcha, los excursionistas llegan a la fuente o a la ermita después de tres horas de caminata bajo un sol asfixiante que amenaza anegarles en sudor.

Los vecinos del lugar deseosos de testimoniar su agradecimiento a los que han escogido aquel sitio para pasar una temporada de descanso organizan unos conciertos callejeros a cargo de la masa coral, y todas las noches sale ésta, llevando a su frente su gallo estandarte que no puede con tanta gloria lírica como pregonan los lazos anudados en él. Cuando acaban los corales de los orfeonistas, comienzan los de los grillos, que por cierto no tienen que envidiar nada a aquéllos en su acompasado cantar.

Termina la temporada de descanso. Los que han disfrutado de ella, regresan a la ciudad desarticulados por el «one-step», el «chimmy» y el «charlestón», con más sueño que una marmota y con los huesos medio molidos por las excursiones y el continuo cambiar de vestidos.

## Tarde de Toros en Barcelona

por ANTONIO DUBOIS

Llega el expreso de Madrid a Barcelona al apeadero de Gracia. Descienden del «sleeping» amigos de Madrid: Juan Belmonte, Luís de Tapia, Corrochano, Luís Barrera, Gerardo Doval. Digo a Tapia, que en breve iré al hotel donde se hospeda con el célebre torero y no ha transcurrido una hora, cuando ya me hallo en el cuarto del Oriente, frente al trianero y al poeta.

Con ellos están amigos de Palma de Mallorca: Pina, popular periodista isleño, el doctor Serrano y periodistas barceloneses. Se charla vivamente. Pina, gran amigo de Fleta, relata los amores y la próxima boda del tenor. Tapia, dice sus epigramas. El coro celebra el ingenio y Juan Belmonte, socarrón, ríe, mostrando sus poderosas mandíbulas.

El torero, que acaba de hacerse brevemente su «toilette», lucha con unas chuletas de cordero, bebe agua de Borines y su semblante es plácido, risueño, tranquilo. Este hombre es infantil; tiene ingenuidades de niño, habla poco, y aunque le sigue el triunfo y el clamor y llega a las cimas del heroísmo y es personaje vivo de la tragedia, su tipo menudo y deshilvanado, su natural modestia y su inhibición del holocausto, suprimen en él la envoltura empalagosa de los supremos artistas.

Se leen ahora revistas encomiásticas de sus últimas faenas y en su rostro negro de andaluz de raza asoman el rubor y la sonrisa. Oye indiferente el ditirambo y palmorea al terminar la lectura. Y aquel hombre menudo, débil niño, que no descansa

después del viaje, que charla y alborota, dentro de unas horas va a enfrentarse con la Muerte.

\*\*

Una barrera de la plaza Monumental.

Cerca de nosotros, Serrano y Tapia. En un tendido, la tripulación de un barco danés. Lucen sus inquietantes morbideces las mujeres catalanas. El sol incendia la plaza. Llega la brisa del mar y del monte, del Tibidabo y de Montjuich, y una ráfaga de sensualismo quema los sentidos.

Salen las cuadrillas, y el público catalán grita desaforadamente. Durante toda la lidia se ha mostrado este público apasionado, parcial; increpa y grita; discute con violencia y pide monstruosamente enardecido: «¡caballos! ¡caballos!».

Hemos aprendido más psicología colectiva en esta tarde de toros que en todos los textos de los sociólogos. El pueblo catalán tiene todas las virtudes y todos los defectos del pueblo español; le arde la sangre, pone toda su pasión o toda su protesta en un grito, vocifera con estruendo y no teme la pendencia.

Los marinos daneses están como petrificados en los asientos de piedra, aterrados de aquel incendio de sol, de sangre y de nervios.

El ganado es bravo, según me aseguran mis asesores técnicos. El espectáculo es a veces pintoresco, a veces monótono. Las veinte mil almas de la plaza están disocia-

das. Cuando sale al ruedo Belmonte, se abre de capa y se ciñe al toro, aquella multitud pende del supremo arte del torero. Y luego con la muleta, en lucha fiera con el toro, poniendo en la expresión de su rostro los rasgos del valor temerario, la emoción intensa de la lucha con la muerte, el fiero ímpetu para dominar al terrible enemigo, ese público siente el escalofrío ante el gran trágico. El trágico que oyó censuras injustas al comenzar la corrida, se ha jugado la vida en un alarde de conciencia profesional, permaneciendo arrodillado de espaldas al toro unos segundos que parecieron siglos. ¿En qué profesión, en qué disciplina, en qué sector ideológico hallamos en España hombres que sientan tan imperativamente la voz del deber?. Es por lo visto en la llamada fiesta nacional donde únicamente quedan hombres que den cara a la muerte. Fuera de ella, quedan los héroes del fox-trot, los héroes de las nóminas múltiples, los héroes del ascenso, los héroes de la usura, los héroes del negocio, los mártires de la dote...

Sin ser «aficionados», no somos enemigos de las corridas de toros, aunque contra ellas haya clamado la voz apasionada de Teresa de Escoriaza en las columnas de «La Libertad». Basta con considerar que en estos tiempos de afeminamiento, de cobardía, de horror al peligro, una fiesta que es culto el valor y desprecio de la muerte, no puede ni debe suprimirse, porque es hoy el único rito español exaltador de la virilidad y tonificador de los nervios flácidos.